

## **DOMINGO TERCERO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Éxodo 17, 3-7): *Saldrá agua para que beba el pueblo.*

**Salmo** (94, 1-2, 6-7, 8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor».*

**2ª lectura** (Romanos 5, 1-2, 5-8): *Cristo, murió por nosotros.*

**Evangelio** (Juan 4, 5-42): *Señor, dame esa agua: así no tendré más sed.*

A partir de este domingo vamos a reflexionar una serie de encuentros con Jesús en los que Él se nos revela como origen de la vida, hoy bajo el simbolismo del agua en el pasaje de la mujer samaritana. El agua es indispensable para la vida. Jesús es la fuente de agua que da vida eterna. Para encontrar esa agua nos orienta hacia una fuente en el fondo de nuestro corazón donde Dios quiere vivir y donde se le debe dar culto en espíritu y en verdad.

Los peregrinos en Tierra Santa suelen visitar el histórico pozo de Jacob donde Jesús se detiene cansado y entabla un diálogo con una mujer en busca de agua en un caluroso mediodía de estío. Los turistas escuchan la explicación, oyen la lectura de este pasaje y beben por devoción agua del pozo del que pidió beber también Jesús, cansado del camino y con sed.

Cuando intento hacer una traducción del contenido de este pasaje a la vida real de cada día tengo miedo de no entender, yo tampoco, el lenguaje de Jesús. Jesús y la samaritana usan las mismas palabras, pero dicen cosas distintas y es como si hablaran dos idiomas diferentes sin lograr entenderse. Jesús habla del *«agua viva»* que él da, y la mujer se extraña porque no ve esa agua, él no tiene cubo y el pozo es demasiado hondo. Jesús habla de la sed de vida y la mujer no entiende la sed más que como necesidad biológica para beber y no morir, como temía el pueblo en el desierto <sup>(1ª lectura)</sup>.

Jesús habla como Mesías, pero la mujer ironiza preguntando si él es más grande que Jacob. En su superficialidad religiosa problematiza ella sobre el culto en un monte u otro, pero Jesús habla del nuevo culto verdadero en espíritu, en lo más hondo del corazón. Y para colmo, llegan los discípulos y le instan a que coma sin acertar a comprender cómo es posible alimentarse con el cumplimiento de la voluntad del Padre.

Así nos pasa a nosotros: cuando Jesús nos habla de amor se lo traducimos por nuestros egoísmos; si habla de una religión verdadera que levanta un altar a Dios en el corazón, nos contentamos con poner su nombre de vez en cuando en los labios o practicamos una religiosidad sin compromisos; si nos habla de la voluntad del Padre lo entendemos según nuestros mezquinos provechos; si habla de siembra desinteresada nosotros pensamos en nuestra cosecha a corto plazo y a ojos vista. Gastamos nuestro tiempo en discusiones sobre si el “jarro” para sacar el agua debe ser de plástico o de porcelana.

Estamos en Cuaresma, uno de los llamados “*tiempos fuertes*” en donde los cristianos vivimos una peregrinación espiritual, un camino de fe y una actualización de nuestro encuentro con Jesucristo. Es una revisión y una “*puesta a punto*” de nuestra fidelidad a Dios y nuestro compromiso con el Señor. Él es lo principal y lo primero en la vida del creyente. Él es el manantial que nos da vida y el norte que orienta nuestra existencia. Él es nuestra esperanza y nuestra salvación.

Dios nos regala la vida y nos invita a recorrer un camino de felicidad y plenitud no exento de dificultades. **«Si conocieras el don de Dios»**, si descubrieras su predilección por ti, por tu vida, por tus cosas, por tus alegrías y tus dificultades... Es lo que Jesús le dice a la samaritana, y es lo que nos dice a cada uno de nosotros. Dios está con sus hijos, con nosotros, cercano, próximo y atento. Él sale a nuestro encuentro y nunca nos da la espalda. Él quiere para nosotros la felicidad que da sabernos hijos suyos y vivir como Él nos invita.

Los cristianos queremos vivir la existencia como un camino que transita por la voluntad de Dios, dejarnos guiar por la vida de Jesús y sentir que el Espíritu nos da fuerza en este itinerario. La voluntad de Dios no es un camino prefijado, ni un destino irreversible, ni siquiera son unas normas morales. La voluntad de Dios es nuestro encuentro con Él y nuestra vida desde Él. Vivir y actuar en Dios. Sentir y experimentar en su amor. Soñar y planificar en Él. Hacer todo en su nombre, vivir en sintonía de amor con Él. Todo en nuestra vida está empapado por Dios. Es nuestra mejor experiencia.

La salvación que Dios nos da es un horizonte nuevo de vida. La fe es la experiencia de nuestro encuentro con Él. Se trata de un acontecimiento que nos vincula radicalmente con el Señor y nos otorga una nueva configuración vital. Hacer nuestros los planes de Dios, dejar que su voluntad guíe nuestros pasos y sentir el regalo de su amor. Nada puede sustituir el encuentro personal con el Señor. Esa relación y esa experiencia nos llevan a vivir los valores de la fe y el mensaje del Evangelio: atentos al prójimo, solidarios con el necesitado, viviendo el perdón y siendo testigos de una vida nueva.

Quien experimenta a Dios queda transformado y todo en su vida habla del Señor. Somos testigos de Dios, somos apóstoles de su mensaje y queremos vivir el Evangelio. Es un regalo y garantía de felicidad. Que todos vean en nosotros que vivir la fe y seguir el Evangelio merece la pena.